

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

Violencia canalizada

La palabra deporte ya llegó a la plenitud de su furor. No sólo la palabra, también su substancia. Entre la filosofía energética de "El hombre que juega y trabaja" de Eugenio d'Ors, y la cronística de "El Estado considerado como deporte", o cosa parecida, de Ortega y Gasset no media más que un paso, que casi siempre lo franquea la brutalidad de los creadores. A las fintas retóricas de los filosofantes, los pugiles oponen sus puños golpeando adoqueinos en forma de casaca. La primera actividad de los hombres de gabinete se sitúa en los planos áereos de la teoría; mientras la segunda, que se distiende con la violencia y fuerza de una coz de mulo, se halla al ras de la realidad cotidiana. ¿Cuál de esas dos energías fué la engendradora? Creemos que el hecho, aunque brutal, antecede siempre a los filósofos y sus proyectos.

Es la era de la violencia canalizada. El desband en la música, el cubismo en la plástica, el reaccionarismo en la literatura, y en la política el imperialismo carnicario, son las manifestaciones espontáneas de esta época desvirilizada que, para hacerse temer, se enmascara con la fuerza bruta. La debilidad moral y física siempre se apuntala con los cañones de las bayonetas.

El auge del box era, pues, inevitable. En el mundo del box, los boxeadores y sus seguidores se encerraron en una especie de

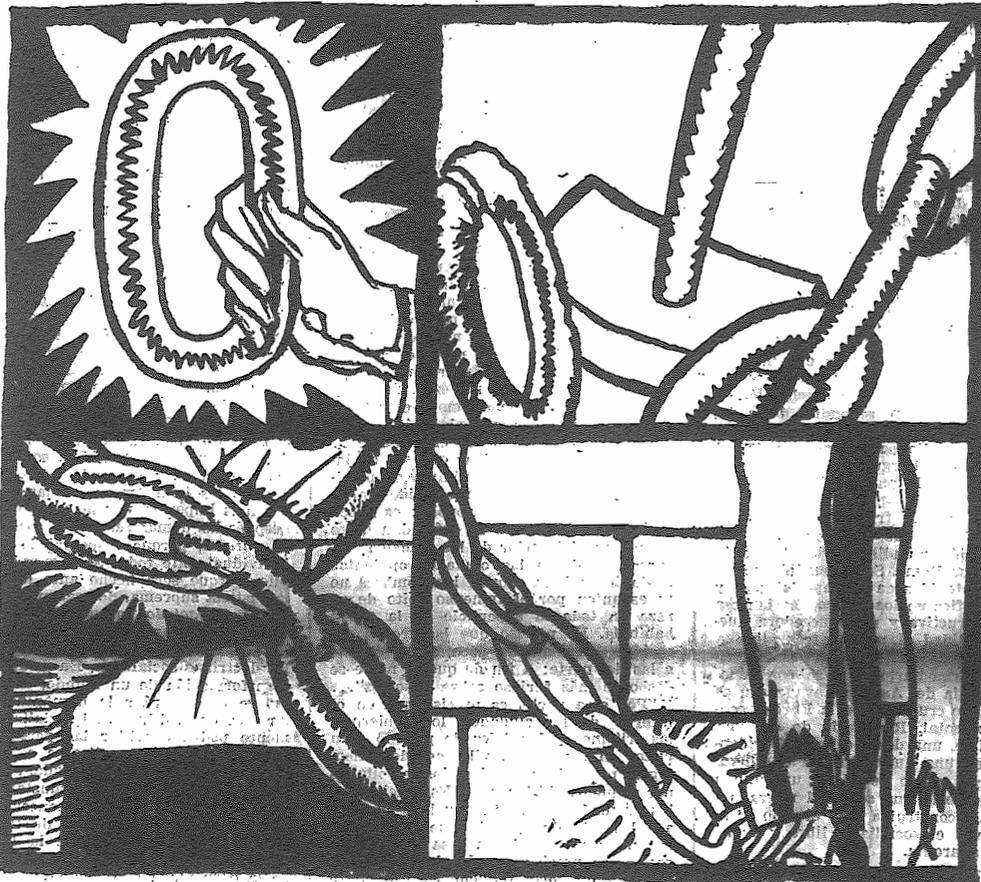
caja, en un mundo aparte, en un mundo de los detritus. Se invocó, por los teóricos del deporte, la máxima griega "mente sana en cuerpo sano", y se dió lugar al nacimiento de apretados paquetes de músculos, que se les podría arrojar desde el cielo, como percha para colgar el sombrero. En el mundo del box, las respectivas cabezas apenas si los sirvieron como percha para colgar el sombrero. Ejemplo el argentino: Firpo.

Por supuesto, no somos enemigos del ejercicio personal y en privado. La cultura forma parte integrante de las actividades higiénicas bien entendidas por el hombre. Antiguamente los profesionales de los deportes eran considerados "in-cast" o "out-sider", es decir al margen de la ley y de las costumbres. Era un mundo totalmente separado del otro. Los espectáculos auténticamente bestiales del box, de aquel entonces y de ahora mismo, sólo concurría la hez de la sociedad, con exclusión absoluta de las mujeres. Actualmente, las empingorotadas dan sus a veces tan numerosas como los hombres.

En cuanto a la máxima de Juvenal *mens sana in corpore et cetera*, no rezaba en los tiempos de los griegos para los esposos, sino para los señores, para los señores, como sucede ahora mismo. Los señores de hoy, mal alimentados, con trajes rudos, descansan el domingo desbandando más energías que durante la semana entera, haciendo un ejercicio que siempre les es provechoso. Después de eso, los patrones, si fomentan los deportes porque saben que a mayor desarrollo de las extremidades inferiores, menos atención en las superiores. No hay peligro que un deportista piense, y sobre todo piense en las ideas avanzadas. Las ideas de los jóvenes caníbales argentinos siempre salieron de los clubs de "Gimnasia y Esgrima" y demás centros deportivos.

En la metrópoli, por ejemplo, dos señores, uno de catorce y otro de quince años, con asistencia y anuencia de padres y amigos, concertaron un match de box. Calzaron guantes de ocho onzas de peso, y empezaron a propinarse trombada que uno de los dos fué trasladado en estado grave al Hospital Salazar. Los médicos hallaron testones in-

¿Qué es la promulgación de leyes?



Un eterno renovar eslabones en la cadena de la esclavitud

ternas que determinaron una peritonitis, desesperando de salvarlo.

En Inglaterra dos boxeadores, peleándose por dinero, uno quedó muerto en el ring. El vencido, antes de ser cadáver, al suspender el pugilato, en la sexta vuelta, haciendo un esfuerzo, sonrió a su adversario, le estrechó la mano y cayó "como cuerpo cadáver", según la "terzina" de Dante.

Y así y todo, los civilizados calumnian a las razas de color, tachándolas de salvajes. Mientras que ellos lo son, y con premeditación y alevosía. Lo que siempre es infinitamente peor.

Desbande y fuga

La conferencia contra el uso del opio y los estupefacientes terminó como fatalmente estaba destinada a fenecer. Por inanición, por el desbande y la fuga precipitada.

Todavía pretende sesionar y parece que lo hará sola y sin ninguna oposición que lo moleste. Se retiraron las delegaciones china y estadounidense, quizás por un resto de pudor que les quedaba escondido en los múltiples repliegues de sus conciencias acolchadas.

El delegado de la pérdida, Albién, la ferocemente hipócrita, prefirió que le arrancaran la máscara a ceder un ápice en sus designios tenebrosos de envenenador y traficante en drogas nocivas, prohibido por la ley el expendio al por

menor, dejando en completa libertad a los mayoristas.

El representante de la celeste república ante esa conferencia, al retirarse pudo enterar a sus colegas del motivo que había provocado su decisión. Dijo que se veía "impelido a cesar su participación porque las potencias que poseen territorios en el Extremo Oriente no estaban dispuestas a adoptar medidas eficaces para impedir la difusión del vicio del opio, ni de los demás tóxicos en un período definido".

Es posible que las intenciones de este personaje asiático estuviesen incontaminadas, pero lo innegable es que descubrió el juego poco limpio de sus complices develándolo al público. Quizás no quiso hacerse cómplice por tan poca cosa. Lo cierto, lo positivo, es que la farsa de esa conferencia de bandoleros está por terminarse. Parece imposible que no se le pueda poner coto a estos embaucadores que se reúnen durante meses, charlan, discuten, y todos saben que no llegarán a ninguna conclusión práctica; todos están convencidos que se engañan mutuamente, y nadie reacciona ante el despliegue criminal adoptando una actitud decidida.

Desde la funesta celebración de la paz de Versalles, cuántas conferencias frustradas, como ésta, cuántos millones desfilarrados, cuánto sudor, lágrimas y sangre tendrán que verter los productores del mundo para pagar esas deudas de sumas astronómicas, manteniendo una caterva de discutiidores de mala fé y de intenciones torcidas!

Jamás la ceguera de los pueblos fué tan densa. La poltronería se ha instalado en las masas y es muy difícil desalojarla en unos cuantos años. Desconocen la acción directa y prefieren agotarse a morir luchando para sí y para el porvenir de las generaciones futuras.

¡Y cuántas, y cuántas conferencias del opio, del desarme, de las deudas, reuniones y concentradas, y tantas otras reuniones de tiburones deberemos aguantar en el futuro hasta que se desencadenen el diluvio que limpiará la atmósfera y arrasará los campos, preparádoslos para una nueva siembra...

¿Pero quién será el que provoque y elabore la catástrofe? Es que desde ya tenemos que empezar a destruir y sembrar.

Para el pensamiento místico las sucras, los fenómenos todos de la naturaleza y hasta el síndolo mismo parece tomar una participación real en los sucesos. Uno de los ejemplos más vivos lo tenemos en las obras de M. Maeterlinck. Leed "La Princesa Maleine", y veréis cómo el topo que escarba la tierra, el chorro de agua de la fuente, los fuegos fatuos, los cisnes, el viento, el aullido del perro, todo parece poseer una inteligencia; conocedor del drama que se prepara, y hasta no se sabe, a veces, dónde está el drama, si en el trágico propósito de la reina Ana o en el espantoso aquietarse de las cosas de aquella noche tormentosa e imponente.

GUYAU

DE LA GUERRA AL SOCIALISMO
Las hipótesis de Ernest Coeurderoy en 1854 y de Bertrand Russell en 1923

En mi ensayo sobre el precursor anarquista Ernest Coeurderoy (1825-1862), — publicado en EL SUPLEMENTO desde el 4 de enero al 11 de febrero de 1924, Nrs. 104, 105, 106, 108 — no he discutido aún la más curiosa y excentricamente rara publicación de este autor, *Hurrah!!! ou la Révolution par les cosaques*, por Ernest Coeurderoy (Londres, octubre de 1845), I, I y 437 páginas en 8°. Recuerdo ahora, sin criticarle en este lugar, los razonamientos principales del autor: socialista y libertario ardiente, ve la derrota completa del socialismo francés, el fruto de veinticinco años de propaganda, la insurrección tan cruelmente sofocada en la sangre de las jornadas de junio de 1848 en París, — derrota en efecto desastrosa hasta marzo de 1871, la Comuna, seguida de una nueva derrota en junio de 1871; un aplastamiento no menos cruel, — derrota que persiste aún para el occidente, mientras que en el oriente de Europa la revolución rusa de 1917 marca un tercer impulso revolucionario, cuyo desenlace final es aún desconocido. Coeurderoy concluyó, y con mucha razón, desgraciadamente, que por mucho tiempo el proletariado no se repondría de la derrota de junio de 1848, y buscó a todo precio otro medio para poner un fin al odioso régimen burgués. Vió ese medio en la invasión de pueblos jóvenes, fuertes, no manchados por el burguesismo, algo parecido a las tribus o naciones llamadas bárbaras que pusieron un fin a la dominación mundial de la oligarquía de la antigua Roma. Se persuadió que los pueblos contenidos en el imperio ruso, y que personifican en los cosacos, serían esa fuerza destructiva y rejuvenecedora nueva, en realidad él miraba tras ellos, a Asia, y los rusos mismos no serían más que el intermediario, el lazo con Asia, la vanguardia del Asia que avanzaría, se mezclaría, se cruzaría con la Europa central y occidental. Resultaría de eso una cosa terrible, una destrucción del occidente, pero no una nueva tiranía duradera, sino, con el cruce de razas, un mundo nuevo que sería una sociedad nueva, regenerada, reconstruida y en el seno de la cual nacería el socialismo libre y armonioso, la anarquía.

Quisiera ilustrar estas ideas por una serie de extractos, sin hacerme su abogado. Pero éstas cosas dan que pensar; veremos los sueños de 1845 y los compararemos tal vez con otros sueños y reflexiones hechas en nuestro tiempo, época no menos crítica, en que el mundo está de nuevo dispuesto para lanzarse en un abismo o se encuentra ya en ese abismo. "Si encaramos la cuestión etnográfica desde un punto de vista más elevado de lo que se habitúa a hacer. — dice el autor (pág. 296) — Rusia se nos aparecerá como un intermediario providencial entre la Europa y el Asia, como el puente majestuoso en medio del cual avanzarán las más inmensas comarcas del viejo mundo al encuentro unas de otras"... "La Europa y el Asia no pueden vivir más en sus relaciones actuales... La Europa y el Asia no pueden permanecer extrañas entre sí o encadenadas la una a la otra por la conquista... Inglaterra sabrá lo que cuesta enriquecerse al civilizar los pueblos!" (Pág. 298).

"Es un temor ridículo imaginar que los rusos conquistadores puedan imponernos las leyes de la barbarie. No sabemos que el medio social modifica todo lo que no se armoniza con él, y que ninguna fuerza se libra de su acción omnipotente? Yo afirmo que las leyes hechas en medio del choque de las armas, de los gritos de sangre y de muerte, desaparecerán forzadamente cuando la sociedad vuelva a emprender su marcha pacífica hacia nuevos destinos. Afirmo que los rusos incultos, que nos desembarazarán de la civilización, se apoderarán con rapidez de nuestras ideas, de nuestras tradiciones y de nuestras tendencias, que las harán fructificar por su fé viva y sus fuerzas nuevas"...

"Cuando Rusia termine su obra de conquista, las nacionalidades hasta ese día borradas bajo su yugo, se emancipan la una tras la otra y se diseñan. La primera, la más progresiva de todas, la raza eslava, se desprende del medio de las masas armadas. Hungría, Polonia, las provincias Danubianas (actual Rumania) se sublevarán en nombre de los derechos sagrados que tiene toda reunión de hombres a desarrollar los caracteres que forman su patrimonio. En el norte Finlandia, Livonia, Curlandia, todas las provincias del litoral del Báltico vuelven a las alianzas naturales de que han sido violentamente apartadas. La Escandinavia, las confederaciones polaca, húngara, moldavala, bohemia se reconstruyen a expensas de los imperios aborrecidos. Las provincias rusas de Asia, Siberia, Tartaria, los Khanats (Khiva, Buchara...), que dependen de Petersburgo se agrupan según sus rasgos de semejanza.

"Cuando esas naciones incultas se difundan sobre el viejo mundo, cada cual encontrará al pueblo en medio del cual completará su carácter uniéndose a él..." "Sobre el occidente perdido ya a pasar el huracán de los bárbaros modernos, insaciables. ávidos de riquezas, de sol y de placeres. Por mucho tiempo esos hombres golpearán con sus olas cálidas las murallas crujientes de la civilización... Pero toda transición tiene que ser cuidadosa... En la invasión próxima es preciso que los bárbaros sean retenidos largo tiempo lejos de las metrópolis; es preciso que los civilizados se defiendan largo tiempo en el interior de las ciudades: — para que, desde las ciudades opulentas hasta las pobres chozas, los hombres no se espanten por el inmenso coito de su raza en toda la superficie de la tierra habitada. Es preciso que las tropas del occidente resistan un poco, si es posible, a las del norte: a fin de que el norte se desborde más furioso sobre nosotros"...

"Por otra parte, es preciso que en el interior de las ciudades, los gobiernos, los tribunales y los jefes de partido sean vistos en las plazas, villipendiados, mendigos, miserables, condenados, escoltados por pilluelos chillones. — Es preciso que los pretendientes sean reducidos en ellas a tal punto de penuria que no puedan encontrar un escudo en casa del banquero; — es preciso que los hombres más renombrados sean reducidos a ese punto de aislamiento que sus proclamas no atraigan un solo curioso... — es preciso que cada hora que pasa traiga una ley, un programa, una escuela. — Es preciso que, del seno de la civilización agonizante, se eleven una anarquía, una prostitución, una promiscuidad, una corrupción, una miseria, un fraude, un impudor, una efervescencia fangosa tales que el sacrosanto monopolio, viéndose en fin una vez en toda su fealdad, se avergüence de sí mismo, y retroceda de espanto hasta la tumba. Es preciso que estemos cubiertos de suciedades, de nuestras ciudades! Es preciso que el suicidio, el homicidio y la sed de sangre nos enorgullecen y se vuelvan nuestros últimos recursos contra nuestra vergonzosa torpeza. — Es preciso que esa miserable civilización del robo envenene a lo lejos por una literatura mil veces más mezquina y más desafiada de todo hombre libre que lo fué la de Bizancio. Es preciso que modificaciones continuas en las autoridades, las posesiones y los principios hagan comprender en fin a los hombres que no hay salvación para ellos más que en la libertad, la equidad y la revolución, establecidas para siempre en la tierra"...

"Así, los hombres perderán toda sangre fría y toda presencia de ánimo;... será un *sálvese quien pueda* general. Todo será saqueado, pisoteado, devastado como una viña después de la vendimia. Las ciudades serán cosechadas por las llamas como por falsos enfroquecimientos en la fragua de Vulcano... Cuando una guerra tiene por fin arrancar una sociedad antigua a su yacimiento secular, confundir todos sus intereses, es preciso que esa guerra dure, que dure largo tiempo. Porque los resultados sociales que las

guerras producen son proporcionales a los transformos que ocasionan. La justicia tanto tiempo abandonada por los hombres exige hoy que se la compre amamente".

"Del medio de ese desencadenamiento de todos los hombres y de todas las cosas, de las entrañas profundas de la anarquía, de los abismos secretos de la corrupción, de todas las venas, de todos los nervios del cuerpo social herido de muerte se levantará un grito! — El último, el más inexorable de todos los gritos, el grito de los hombres a quienes retuerce la bulimia: ¡Pan!... — ¡Y el pan faltará! Y el pan es la vida; el pan es la razón suprema de todas las rebeliones."

"Nuestras sociedades llegarán a eso forzadamente cuando la fiebre de la guerra y de la revolución se haya calmado, cuando el cansancio haga enrojecer los ojos, cuando la necesidad las muera con su diente cruel. Entonces nada comprimirá ya el grito de nuestras entrañas, porque todo freno será roto, y los hombres festejarán la libertad santa sobre los cadáveres aun cálidos de los anarquistas (hombres del desorden) que llevan coronas. Entonces la usura y el ahorro serán imposibilitadas; sobre su pasado miserable los hombres habrán extendido el manto de la guerra civil"...

"En esa extremidad, todo contrato habrá desaparecido, y como los hombres no podrán vivir sin embargo sin convenios, será preciso rehacer un contrato social. Ese contrato será justo, porque será consentido por todos ante el hambre, concientemente al alimento de primera necesidad, en una de las horas amenazantes en que los hombres son forzadamente equitativos, teniendo cada cual que conservar sobre todos el más extremo de sus derechos, del estómago. Ese contrato será duradero, porque reconstruirá la sociedad por sus cimientos, asegurando desde el principio a los hombres contra las necesidades más imperiosas, y no regulando sino después las demás relaciones sociales. Será natural, porque respetará la libertad individual ante todo. Será grande y amplio, porque será hecho ante la muerte, la justicia suprema, de toga negra! Estará bien redactado, porque los hombres podrán extraer las disposiciones de los materiales tan penosamente acumulados por las doctrinas socialistas. En medio de esa transformación de un mundo, el socialismo se presentará a la humanidad como un arca en el diluvio. El socialismo solamente podrá conciliar las personas, armonizar las cosas, aplicarse a toda sociedad, numerosa o restringida, ser modificada según todas las circunstancias en fin: porque habrá sido concebido por hombres libres, expulsados de todas las sociedades, y por tanto de la hipótesis de la más salvaje de todas: quiero hablar de la despiadada civilización!

"Entonces, a los gritos de muerte y de persecución que persiguen hoy al socialismo, sucederán las aclamaciones de bien venida, las intercesiones de todos los intereses, de todas las desesperaciones... Entonces los pueblos se precipitarán de rodillas ante el socialismo acientífico en otro tiempo ante el evangelio de Cristo"... (págs. 299-307).

Coeurderoy insiste sobre el carácter pasajero de los desastres de la guerra que invoca con gritos tan elevados, no viendo de cerca o de lejos otra palanca para derribar una sociedad que se mantenía en pie aún. "Lo repito, — dice (págs. 307-308). — las reglamentaciones transitorias de hechos durante la conquista tendrán la suerte de todo lo que se apoya sobre el ala de la tormenta, sobre las arenas móviles. Todo lo que ha nacido en el fuego, en la embriaguez de la lucha y de la victoria, entre los cantos de muerte y los gritos infernales, todo eso no puede ser soportado por la humanidad que ha vuelto a la calma; la fiebre no se encarna en los convalescentes. Una vez vueeltas las naciones definitivamente a la paz y a las relaciones industriales, todas las medidas de venganza y de dominación desaparecerán de la ley".

"Desde el punto de vista de la revolución continua, la conquista no es más que un prólogo, un compromiso, una ocasión. La conquista no decide nada, ni prejuzga nada, ni trastrueca nada: es un hecho, nada más. Sólo que ella liberta al nombre de las cadenas que le ligaba a su pasado, le deja la cabeza y las manos libres y le señala con el dedo el porvenir! ¿Es demasiado caro pagar esas ventajas con los desastres y las violencias inseparables de toda guerra." — Insiste mucho

sobre este punto, creyendo absolutamente protegidas todas las cualidades y producciones intelectuales, artísticas, etc. de una civilización más avanzada, contra la destrucción en un caso de invasión por un despotismo que no estaría inspirado más que por la ambición secreta de hacerse aceptar. No ha podido conocer las guerras más que como se hacían hasta época, en 1854. Concluye, pues: "Contra la guerra inminente, contra la ruina de la tal, la fiebre, la guerra y la conquista son útiles, con la condición de invadir un organismo en superficie y en profundidad, de manera que conjure todas las fuerzas contra el peligro". (pág. 309).

Coeurderoy era verdaderamente muy ingenuo y muy poco profeta en materia de guerra, puesto que atribuye a esta civilización que detesta de tal modo, una tendencia diametralmente opuesta a la que ha ocurrido en realidad desde 1848... "La civilización nos proporciona medios de hacer las guerras menos crueles y menos largas por la estrategia moderna, la artillería, las vías férreas y navegación a vapor... se ve más que la que sangre" (págs. 253-4). "En un mundo semejante al nuestro, sea civil (la revolución) o nacional (la guerra), precursora de la libertad. Nosotros podemos construir nada más que ruinas; la guerra las hace. Así, cuanto más deba extenderse en superficie y profundidad la libertad, más naciones clases sociales abarcará la guerra que traiga"... (pág. 256).

"Desde junio de 1848, he tomado bien resultadamente mi partido de hacer fuego con todas las armas sobre todos los privilegiados, de cualquier nación que sean. Yo quiero mi libertad; todo hombre que quiere la suya es de mi patria; sus intereses, sus esfuerzos responden los míos, comprendo mejor un solo ser humano de su dedo meñique que el más largo discurso de los abogados franceses. Tan sólo dilato la idea que es todo el lenguaje, es todo el hombre".

"¿Qué me importan en verdad las tumbas, el hábito, la fisonomía y el acento diferente de aquel cuyo corral late al unísono con el mío? ¿Las razas no se cruzan como los idiomas y las lenguas? Los hombres, ¿no se confunden más cada día? Cuando se trata de hacer la guerra por la justicia y la libertad universal, no puede tratarse ya de patrias ni de traición a la patria. No hay ya grados, ni proscripciones, ni extranjeros, cosacos en la familia humana; los gobernantes solamente y los partidos se sirven aún de esas palabras. Lo que hay eternamente verdadero es que todo hombre es mi vecino en la tierra, y mi hermano en la revolución; es que no hay un mundo más que dos especies de gentes que explotan el trabajo y las que bajan"... "El verdadero, el único me go es el amo!"... (págs. 257-258).

En fin, se habrá visto, por lo que se vejo de Coeurderoy y lo que se extrajo de sus obras y que será confirmado por cada página de sus escritos, que no pensaba más que en provocar la revolución destructiva y libertadora por un medio de sí mismo que no veía ya en el proletariado primido y diezmado por la derrota de junio de 1848 ni en todo el revoltijo de los jefes socialistas autoritarios de su tiempo que no dejó de atacar — vió esa palanca en la crisis mundial que saldría de una guerra con una raza nueva y terminaría en el rejuvenecimiento de la humanidad! No ha podido escribir el complemento del libro discutido aquí, el cual habría desarrollado la "misión" de la libertad acabando la obra de la fuerza. "Yo mostraré en ella — dice, pág. 432 — al hombre socialista, libre y revolucionario en toda la línea, reconstruido en medio de la anarquía (desorden) la crisis provocada por la guerra), pieza a pieza, el edificio social demolido por las hordas esclavas y belicosas". Ese libro sobre "el individuo socialista que presenta la idea" lo habría llamado: *Braconniers, ou la Révolution par l'individu*. Estos dos libros de *demolición* social serían seguidos de una tercera parte, la *Reconstrucción Socialista*. Se sabe que su aspiración final era el comunismo libertario; no hay que suponer, pues, al hablar de la revolución por el individuo se declara individualista en el sentido más estrecho que se asocia algunas veces a esa palabra. Yo pienso que habré insistido más que nada sobre la necesidad del esfuerzo individual frente a rutina de las organizaciones autoritarias del fanatismo de los sectarios entre

endo absolutame
cualidades y p
artísticas, etc.
avanzada, contra
o de invasión p
estaría inspirad
lón secreta de b
podido conocer
se hacían hasta
ye, pues: "Cont
contra la ruina l
ra y la conquista
dición de invad
rftice y en prof
en conjure todas
ro". (pág. 309).
raderamente m
profeta en mater
atribuye a esta c
de tal modo, u
existirá en esas donaciones recíprocas pa
las cuales no tendrá medida, ni regla-
mento. Es de lamentar que Coeuderoy
no haya escrito sus *Bracconiers ou la
Révolution par l'individu*, pero el resto
de su obra nos permite, tal vez, no enga-
rarnos sobre el tenor de ese libro no es-
ozado o perdido.

253-4). "En un m
stro, sea civil
l (la guerra),
rtad. Nosotros
da más que sob
hace. Así, quan
en superficie y
d, más naciones
á la guerra que

1848, he toma
partido de nac
mas sobre todos
quier nación q
bertad; todo ho
a es de mi patri
erzos responden
mejor un solo s
e que el más lar
idos franceses.
l lenguaje, es te

en verdad las c
a fisonomía y
quel cuyo coraz
l mío? ¿Las ran
idiomas y las t
no se confund
se trata de hac
a y la libertad
arse ya de pat
ia. No hay va en
ni extranjeros.
humana; los rob
partidos se sirv
l. Lo que hay
es que todo ho
a tierra, y mi h
es que no hay
especies de gunt
bo y las que t
el único me
s. 257-258).

o, por lo que se
que se extrajo
confirmado por
itos, que no pen
la revolución de
por un medio d
el proletariado
r la derrota de
el revoltijo de
tarios de su tie
car — vió esa
mdial que salí
raza nueva y
eneamiento de
podido escribir
discutido aquí,
lado la "misión
ntiró para exper
ción. Transcurrió un día, un mes, y
ada sintió de anormal. Volvió y puso fue-
a a una aldea. Se refugió y esperó otra
vez. Nada tampoco. Indignado por su in-
sensibilidad, quemó por los cuatro costados
una ciudad y se fué lejos, al campo,
para, en sus soledades, saber lo que era
un recordamiento de carne y hueso. Y
esta vez tuvo otra decepción, porque dor-
ma beatamente como un santo y tragaba
como un canónigo.

Ese hombre es el ex kaiser. Ecce ho-
o...

los jefes, de los admiradores de dema-
gogos habladores, etc., pero ese esfuerzo
individual habría tendido hacia la lida-
dad más completa. Habría encontrado
tantos argumentos para explicar esa so-
lidadad íntima entre el individuo libre
y una colectividad igualmente libre, que
todos nosotros consideramos deseable,
inevitable y un producto por completo
natural, pero que no es posible encerrar
de antemano en alguna fórmula, pues la
vida misma sólo constituirá y reconsti-
tuirá en cada circunstancia esas relacio-
nes entre el individuo y la sociedad en
sus innumerables matices. El individuo
no a la colectividad — la colectividad da
al individuo — cada cual hace lo mejor
que puede — pero si el comunismo li-
bre existiera alguna vez en alguna parte,
existiría en esas donaciones recíprocas pa-
ra las cuales no tendrá medida, ni regla-
mento. Es de lamentar que Coeuderoy
no haya escrito sus *Bracconiers ou la
Révolution par l'individu*, pero el resto
de su obra nos permite, tal vez, no enga-
rarnos sobre el tenor de ese libro no es-
ozado o perdido.

Max Nettlau
(Continuad)

Ese es el hombre

El ex kaiser oficial de Juan Bautista.
Es profeta y precursor. Emula a Mme. de
Thebes, la quíromántica, la adivina que
pronosticó la ruidosa caída del propio
Guillermo.

Tan bien había sido recibido el silen-
cio dilatado de este delicioso monstruo,
que se ignora a sí mismo, y ahora nos
viene a defraudar con su charla gárru-
la de anciano descendido a su primera
infancia. No supo callar, y a estas horas
todos estarán comentando la burrada del
envanecido animal de presa que sigue
incorregible hasta en el destierro, lugar
de reposo y silencio sepulcral.

Es el Lázaro que no se resigna a morir
pública y políticamente, quiere tener
alguna importancia en los negocios del
mundo. Quiere opinar y, lo más grave,
profetizar a largo plazo. Advierte que "so-
lovecina el gran conflicto del futuro". Y
fuera así, ¿el no se sentiría culpable
de haber contribuido con su granito de
arena para que se realizara?

Compatriota del asesino Haas, que últi-
mo a veinte y más personas, el ex kaiser
es responsable de algunos millones de
muertes, duerme tranquilo y come con
buen apetito.

Y todavía, satisfecho de creer que es
solamente uno de los tantos criminales
del mundo, respecto del acuerdo ruso-japo-
nés exclama: "Yo fui el único monarca
el único estadista del mundo que preví
este acuerdo hace 28 años".

Parece que el animal de la especie car-
il extinguida de los monarcas, lo último
que pierde, mejor dicho, lo que nunca
pierde es la vanidad del pavo real y la
obrería del asno enjaezado con albar-
cas nuevas.

Había una vez un hombre que deseaba
ustar de los mordiscos de los remordi-
mientos. Para probarlos en carne propia,
hacendó una casa llena de inquilinos. Es-
teñó para experimentar la deliciosa sen-
ción. Transcurrió un día, un mes, y
ada sintió de anormal. Volvió y puso fue-
a a una aldea. Se refugió y esperó otra
vez. Nada tampoco. Indignado por su in-
sensibilidad, quemó por los cuatro costados
una ciudad y se fué lejos, al campo,
para, en sus soledades, saber lo que era
un recordamiento de carne y hueso. Y
esta vez tuvo otra decepción, porque dor-
ma beatamente como un santo y tragaba
como un canónigo.

Ese hombre es el ex kaiser. Ecce ho-
o...

VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA

I

Las casas para obreros y los edificios
donde el pueblo concurre — escuelas,
bibliotecas, estaciones y almacenes —
continúan aún siendo de una apariencia
desalentadora. La fealdad del trabajo que
se ejecuta por encargo y sin amor, es el
rasgo que caracteriza a todas esas obras
creadas por los hombres cuya única pre-
ocupación es la ganancia y el bajo inter-
rés. En ningún país como en la Argenti-
na se nota esta falta de la más elemental
belleza. Examinad el tugurio del obrero,
visitad luego la casa de la mayoría de
los adinerados, y comprenderéis el por
qué de esa ausencia de estética. Todos,
ricos y pobres, están obsesados por una
sola idea: el dinero. Concurrid a cual-
quier mueblería, y veréis que todos los
muebles han sido fabricados para una
duración no mayor de dos o tres años.
¿Existe hogar en la Argentina? Nos atre-
vemos a declarar que no. El trabajo mal-
dito, el trabajo esclavo, el que se ejecu-
ta a disgusto y sin otro fin que obtener
unos miserables pesos, impera en cual-
quier manifestación de las actividades hu-
manas. Y, desgraciadamente, no es sólo
el obrero, el industrial o el comerciante,
quienes piensan y obran con normas tan
sórdidas, sino hasta los mismos artistas.
Ahí están las diversas exposiciones y los
cuadros que para vergüenza de las pre-
sentes generaciones encuéntranse en el
museo de bellas artes. El trabajo, sumo
placer del hombre, única razón de vida,
está encenagado de tal modo que nues-
tras obras, deformes y vulgares de toda
vulgaridad, nos inspiran asco y tristes-
ta, enturbiando las fuentes que deberían
ser las más puras de la vida. ¿Cuál es

el obrero que ama su tarea y la ejecuta
con desinterés, con placer, con la alegría
del creador que le ofrece un objeto útil
y bello a sus semejantes? ¿Quién es el
héroe que se empeña en hacer bien lo que
todo el mundo realiza de mal talante y a
regañadientes? Muy pocos, por no decir
ninguno.

Y no podía acontecer de otra manera
La maldición bíblica del trabajo, conmi-
nando al hombre que se ganaría el pan
con el sudor de su frente y el dolor de
su cerebro, transpuso todas las edades de
la historia. Llegó hasta nosotros magra-
vada, haciendo del productor un presi-
dario, condenado a cadena perpetua. Se
abolió muchas formas de esclavitud, pe-
ro la explotación del hombre por el hom-
bre todavía es el reducto inexpugnable.
Los herederos de la miseria y de las lla-
gas de Job, están encadenados a la es-
clavitud económica, regulada por el pa-
trón — símbolo del cabo de varas —
quien se preocupa que el ganado tenga el
pienso estrictamente necesario para no
morirse de hambre.

La consigna en fábricas, usinas, re-
dacciones de diarios, en fin, en todos los
lugares de producción, es cantidad. La ca-
lidad es desdenada. El obrero lerdo y po-
siblemente artista es despreciado, desde
el que lo paga hasta por sus compañe-
ros de cadena.

La "feliz" fórmula, el desgraciado mé-
todo inventado por los peces gordos del
capitalismo, implantando la división del
trabajo, hizo mil veces más aburridora y
maldita que antaño la faena ejecutada
por el hombre. ¿Cómo exigir amor al

que durante diez o veinte años se encor-
vó sobre un torno a revólver, haciendo
la rosca de un tornillo u el otro afinando
la punta de un alfiler? ¿Cómo imaginarse
a estos dos mártires de una civiliza-
ción brutal y embrutecida, amando su
labor y experimentando por ella una sa-
tisfacción cualquiera que no sea de un
orden bajo e interesado?

El ideal del capitalismo moderno con-
siste en convertir al material humano en
una prolongación de su maquinaria. Ser
un apéndice de ella, un aditamento) más,
es lo que le está reservado al individuo
de la masa común. Ser un diente del en-
granaje, una tuercia del inmenso maqui-
nismo y un ladrillo del edificio social, es
lo que la organización actual le impone a
la mayoría de sus componentes. Y este
desgraciado método y esa "feliz" fórmu-
la, que al principio los pudo mantener
durante cierto lapso de tiempo, será la
causa esencial de su derrota y de su defi-
nitivo hundimiento en la nada.

Lo antinatural es el triunfo efímero del
capricho humano que quiere corregirle la
plana a la naturaleza.

II

Si esta entelequia no vive de pan solo
y tampoco sin él, el trabajo que debe eje-
cutar se halla en el mismo plano. Así co-
mo el pan necesita de su condimento, el
trabajo requiere su aliciente. No siempre
basta la paga en metálico. Razones mo-
rales de jerarquía superior hay que bus-
car para ello. Y cuanto más elevado sea
este aliciente, mayores satisfacciones y
deleite provocará en el productor, quien,
al saberse realizador de una obra útil y
bella, se estimará más a sí mismo, tenien-
do plena conciencia de su dignidad. Aque-
llos que sugieren, desaparecido el interés
sórdido del dinero, que la humanidad se
echará a la bartola, es como si creyesen
que Hércules preferiría la inmovilidad
al ejercicio.

La función vital del hombre es el traba-
jo, el esfuerzo en toda su amplitud y
magnitud, palanca que busca el punto
de apoyo para levantarnos y levantar el
mundo. Los trabajadores de raza no re-
nunciarán a la embriaguez que les pro-
duce su labor por ninguna otra. Al revés
de la mujer, cuyo rol se reduce esencial-
mente a la maternidad, el hombre, luego
de engendrar un hijo, dedicará el tiempo
restante a plantar un árbol o escribir li-
bros o fabricar automóviles. Lo que quie-
re decir que, para él, crear en una esfera u
otra es el único fin que informa su exis-
tencia.

Siendo así, esta también, la sola ra-
zón de ser de las colectividades, es inex-
plicable que se haya arribado a tal grado
de corrupción en todas las ramificaciones
del trabajo humano. Ninguna civilización
como esta que, al inaugurar el entroniza-
miento de la mediocridad gárrula y bri-
llante traída por la burguesía de miras
artísticas y conceptos morales chatos, vul-
gares y falsos, consiguió hacer más odio-
sa, más repulsiva y más improba la
labor cotidiana.

Ramón y Cajal, al preguntarse si el
Paraiso es el eterno reposo, se contesta
que si fuera así preferiría la vida terrenal
con todos sus afanes y sus rudas ta-
reas.

Mark Twain, por su parte, se figura-
ba el Paraiso como un lugar donde los mor-
tales trabajarían cada uno según su voca-
ción: el zapatero sería sacamuelas, el po-
lítico, portero de algún hotel de lujo; el
poeta, cocinero, y nadie, no trabajando,
por interés ni por vanidad, dejaba de
hacer lo que su fisiología y sus gustos le
exigieran.

En cambio, el sistema capitalista divi-
dió la labor del hombre en jerarquías
ficticias que nada tienen que ver con la
capacidad y maestría de los que se hallan
arriba y abajo, subdividiéndolo, además,
de modo que una silla necesitará cuatro
obreros para completar su fabricación,
sin que ninguno de ellos supiera termi-
narla.

Sin una revolución en todos los órde-
nes de la vida, el trabajo no podrá ser re-
dimitido para hacer de él un himno vivo de
la humanidad. ¿Cómo?

Destruyendo y creando material e in-
materialmente, reduciendo a la masa a
fin de que se baste a sí misma. No im-
poniendo sino libertad. Es que así como
las aguas buscan por el volumen y el
peso su cauce y su nivel, la marea huma-
na tiende inconscientemente y siempre al
equilibrio de sus facultades. Las formas

VANZETTI

He pasado una hora en la prisión de Charlestown con Bartolomé Vanzetti. He conocido a numerosos agitadores radicales de todas las escuelas y de todas las razas, y creo que se me puede considerar como un buen conocedor de esta especie particular de hombres.

Ofrezco mi testimonio al tribunal de la opinión pública: éste humilde trabajador italiano es precisamente lo que pretende ser: un idealista y un apóstol del nuevo orden social.

Para considerarlo como culpable de agresión y homicidio debería acusarme yo mismo como tal. Es sencillo, natural y franco como un niño; es sensible y posee ese refinamiento innato del que derivan las buenas maneras sin tener necesidad de aprenderlas. Ha consagrado su vida a los camaradas de trabajo; sirve a la causa de éstos, y lo sabe.

Poseo también alguna experiencia de la crítica literaria y de la personalidad humana tal cual se revela en la literatura. He hablado con millares de personas que han leído mis libros y que son capaces de juzgar si los han comprendido o no.

Vanzetti ha leído mi novela "Jimmy Higgins", y he comprendido precisamente que se ha identificado con el alma de ese mártir de la causa obrera, que ha compartido todos sus ensueños, sufrido todas sus privaciones y vencido todos sus terrores. En puridad de verdad, es la encarnación de "Jimmy Higgins". Es Jimmy Higgins como otros muchos millares de obreros que han sentido en su corazón que la vida no tiene valor sin la libertad y que la justicia para todos los oprimidos de nuestro sistema social es la divinidad de su existencia.

Podría también decir algo sobre el peligro que mina nuestras leyes y el gobierno, peligro que procede de los que, obrando en su nombre, han conspirado, deliberadamente, para enviar al suplicio a tal hombre. Pero, después de haber conversado con Vanzetti, no se puede pensar en sistemas legales, sólo se puede pensar en el hombre... Es nuestro hermano, es necesario salvarlo; cordial, bravo y leal, su vida preciosa no puede terminar entre las garras del verdugo!

Me solicitó un libro italiano. ¿Acerca de qué creéis que trataba? ¿Acerca del arte de hacer bombas y de servirse de la dinamita? ¿Sobre la táctica de la guerra de clases? ¡Oh, no; era un libro que trataba del modo de componer versos! ¡Quería escribir un canto para despertar a los trabajadores de Italia!

Yo digo a los trabajadores de América:
Arrancad al patíbulo este hombre; dadle su libro de prosodia italiana y dejadle componer su "Canto al Porvenir".

UFTON SINCLAIR

cripción mensual
a LA PROTESTA, diario y al
SUPLEMENTO, semanal
DOS PESOS

EFFECTOS DE LA EDUCACION MODERNA

Los escolares deben quedar constantemente sentados, es decir casi inmóviles; y eso no puede tener sobre su desenvolvimiento general más que efectos deplorables. Los pedagogos proceden como si creyesen que para cultivar el espíritu del niño hay que provocar el continuo mundimiento de su cuerpo.

No son las dos miserables lecciones de gimnasia que se dan por semana las que probarán lo contrario de lo que digo (en algunos establecimientos públicos, los alumnos reciben una lección gimnástica semanal). En esas lecciones, como en las otras, el maestro dice a los que se mueven: "¡Quietos!"; o más bien articula con una voz fuerte: "¡Silencio en las filas!". ¡Oh, esas filas de una rectitud perfecta en donde, a una señal dada, veinte piernas paralelas salen al mismo tiempo! Sin duda en nuestra época se habla mucho de los beneficios de la educación física; pero es en los libros, en las revistas y en los periódicos donde se habla. Conozco escuelas en donde para los alumnos de diez años como para los otros, la historia es una rama esencial y la gimnasia una rama secundaria. Contentos por no haber olvidado el latín, se repite: *Mens sana in corpore sano*, pero no se exige el embellecimiento de las almas mas que en los cursos de historia, de moral o de instrucción cívica y en los "resúmenes" de literatura. Y he ahí por qué, señora, su hija que es miopía, enfermiza, desgraciada y sin alegría, no es muda en el capítulo de la pléyade ni en el de los emperadores romanos.

Hé dicho también que en los bancos de la escuela el niño se aburre. Se aburre necesariamente porque su deber es escuchar durante tres, cuatro, y a veces cinco lecciones consecutivas. Ahora bien, le es imposible permanecer tanto tiempo atento a lo que se dice en la clase. Todo lo más que puede hacer es conservar una actitud correcta; y esperando el momento del recreo, siempre muy corto, desahoga. Se comprende que el efecto de escuchar es considerable si se imagina una serie de frotamientos y de choques con que se obstaculiza la fuga de su propio pensamiento para seguir al del que habla. Cualquiera que sea el valor de esa comparación, la intención del escolar es un hecho cierto. El silencio que llena a veces algunas aulas escolares puede causar ilusión; y el transeunte que en esos momentos pudiera observar desde fuera el perfil atento de los alumnos, se maravillaría (a menos que la tranquilidad absoluta de esos seres jóvenes no le sea pesosa). Pero que ese observador espere un minuto o dos. Si una tiza cae en el suelo, si se produce un estornudo, de inmediato se volverán las cabezas; risas contenidas estarán a punto de estallar. Que los acontecimientos más minúsculos puedan distraer a esos niños, eso muestra lo poco interesados que están en lo que escuchan.

La desgracia es que no se preocupa uno de maravillar al escolar. ¡Se lograría tan fácilmente! Que se le dé la ilusión de que la vida es bella; será menos peligroso que persuadirle insensiblemente de que el trabajo es una cosa aburridora. Para armarlo contra la pereza y todos los otros vicios se le enseña desde temprano la letanía de sus deberes. ¿Pero es útil eso? Como no se aplica a retenerla entera mediante ejercicios y juegos atractivos, sino que de ordinario es inactivo, resistirá mal a ciertas solicitudes malas.

El niño se aburre aún por la razón que toda su vida de escolar transcurre en una sala monótona. Esa decoración tiene para él algo de terriblemente "ya visto". Se esfuerzan por alegrar los muros colocando de ellos algunos cuadros: las *scenas comestibles*, los pájaros típicos o quizás el *golfo de Nápoles*; pero esas planchas pierden pronto todo su prestigio. Debo reconocer también que el maestro hace a veces circular en los bancos algunas muestras del mundo físico, destinadas sin duda a probar que ese mundo existe; pero la intrusión de esas cosas en el reino de la palabra es muy rara. Y por lo demás se dejaría de mirar esas muestras como se deja pronto de escuchar. Los que tienen por misión instruirnos y revelarnos el universo, comienzan por en-

trarnos durante años en un local donde no se percibe nada de lo que hay en la superficie del globo. Agreguemos que los buenos alumnos son los que no miran por las ventanas. Lo que se presenta al niño es el universo en familia, es la inmensidad de lo pequeño. Durante años se le dirige un largo y monótono discurso. La palabra tiene para él el efecto de decolorar la vida.

En clase el niño se habitúa a enram-

par. Creo que la mayoría de los que enseñan tienen a menudo el deseo de instruir de una manera bienhechora a los seres jóvenes que les son confiados, pero de lo que estoy seguro es que, todos durante sus lecciones, consagran una parte notable de su tiempo a otra cosa. Deben interrogar a sus alumnos a fin de saber si éstos "merece" la nota ocho o la nota nueve, la nota seis o la nota cinco y medio."

Se podría preguntar aquí si esas cifras tienen alguna significación. Se descubriría en seguida que por razones numerosas son con mucha frecuencia independientes de lo que en el espíritu escolar es profundo y duradero. Y se contentaría uno al saber que los términos medios respectivos de dos alumnos que no tienen una cualidad común, pueden muy bien no diferenciarse más que a partir de la segunda decimal. Reconozco que el sistema que se adopta para apreciar el celo de los escolares no tiene importancia. Toda la cuestión está en saber si es verdaderamente útil clasificar estos en buenos y malos alumnos. Estos últimos son siempre los más numerosos y constituirán la parte más considerable de la nación. Será preciso que la escuela consiga "prepararlos para la vida" lo mismo que a sus camaradas más estudiosos. La sociedad, por lo demás, tiene juicios que no concuerdan con los de los pedagogos. Pero este no es el momento de insistir en ello.

Sea lo que quiera, el escolar, cuando se le interroga, trata de engañar sobre su ignorancia real. Los casos de trampa propiamente dichos son muy frecuentes y además ¡hay tantos modos honestos de trampar! Tal alumno estaba inquieto por la mañana al ir a clase. Algunas frases que había leído, sin duda un poco distraídamente, y sobre las cuales tendría quizás la mala suerte de ser interrogado, no tenían para él un sentido muy claro; y se exponía a afirmar lo contrario de lo que debía decir. Pero no pensaba que los maestros, engañados o no, deben atenderse a menudo a las apariencias. En el momento crítico articulo sin embarazo visible las palabras que tenían el aire de ideas bien comprendidas; y la buena nota que obtuvo llevó la tranquilidad a su alma: "El negocio está en el saco", habría podido pensar al volver a su puesto.

Los días de composición en clase ¡decide el maestro que sólo los alumnos que crean haber comprendido la cuestión harán el trabajo! No, porque no tiene solamente por fin buscar cuáles son los que tienen necesidad de ser ayudados; debe dar una nota a cada uno. El alumno que está seguro de hacer una composición ejecrable tiene que poner manos a la obra como los demás. En el caso favorable en que no eche miradas furtivas sobre la hoja de su vecino, trata, resumiendo los pladosos girones de ciencias quedados en su memoria, de hacer creer a su profesor que sabe algo. Entre dos notas muy bajas elige la menos mala y para obtenerla llenará todas las líneas posibles con su galimatías deshonesto.

Cuando un escolar es castigado con una mala nota por sus respuestas estúpidas, aquellos de sus camaradas que no habrían podido responder mejor que él, pero que tienen la suerte de no ser interrogados ese día, levantan la mano para hacer saber al maestro que merecen la misma apreciación severa? ¡Pregunta cándida! Tener suerte o no tenerla, tal es la cuestión capital para el escolar.

En resumen, se hace comprender muy pronto al niño que tiene interés en ocultar su ignorancia. Tres veces sobre cuatro, no vacila.

A propósito de la trampa, debo señalar el modo regocijante con que los escolares de toda edad preparan sus exá-

menes. El candidato debe ser examinado por un jurado competente por defunción, que apreciará el estado de sus conocimientos en términos decisivos. Ahora bien, gracias a un adiestramiento *ad hoc* al cual se entrega durante las semanas que preceden al día de la prueba, se presenta ante sus examinadores de otro modo a como es. Un mes más tarde, pasado el peligro, se encuentra en su estado normal, es decir, está desembarazado de toda la ciencia inútil con que se había adornado el espíritu para "triunfar". Ahora bien, es bien claro que si el examen debía tener una significación, si se refería al saber real de los candidatos, a las cualidades duraderas de su espíritu, no se le haría sufrir a jóvenes que desde hace dos o tres meses, bastante bien informados sobre las preguntas que podrían serles hechas, se preparan para responder de una manera brillante. En otros términos, los exámenes serían muy diferentes de lo que son hoy. ¡Y decir que en todas partes se toman precauciones contra las artimañas de los escolares!

Pero la escuela dispone de un medio más seguro para privar al niño de su sinceridad.

Cada alumno, en el curso de sus estudios, oye a sus diversos profesores tratar de los asuntos más variados, asuntos de los que tendrá que decir él también algunas palabras cuando se le interrogue. Así, todas las semanas, expone en clase proposiciones erróneas y otras que son exactas. Pero su convicción no anima más éstas que aquellas. Sólo, a veces, la nota que obtiene le permite reconocer si sus respuestas fueron satisfactorias o malas. Y en realidad, ¿qué razón tiene ese pequeño para situar a Pernambuco en la costa brasileña más bien que en los confines del Sahara, si desde hace dos o tres meses no oye hablar más de esa ciudad? Casi todas las verdades que se le obligan a conocer son para él incontrolables. Porque si sus maestros le dan malas notas cuando no sabe repetir frases que ha leído en sus cuadernos, toleran al contrario que enuncie proposiciones de la exactitud de las cuales no sabe absolutamente nada y otras de las cuales no comprende siquiera el sentido. Debe creer lo que se le dice y no olvidarlo. En la escuela lo verdadero y lo falso no despiertan en el niño sentimientos contrarios. Lo que afirma le es indiferente. Y como su charla escolar no tiene, puede decirse, ninguna relación con sus preocupaciones habituales, con su pensamiento íntimo, con su vida profunda, sus palabras, más tarde, expresarán raramente lo que ha visto o sentido él mismo. Con una facilidad cada vez mayor, encontrará las frases neutras que se esperan de él como de cada uno. Hablad un instante con ese notario o con ese director de fábrica. Si abordáis alguna cuestión general que no se refiere de cerca a sus pequeños negocios, emitirán quizás una opinión diferente de la vuestra y vosotros tendréis un instante la esperanza de oír una objeción nueva a vuestras ideas. Pero si defendéis vuestra opinión con firmeza, esos señores se volverán de inmediato conciliantes y os dejarán pronto ver que en el fondo ellos se ríen de todo. Fenómeno curioso: al hacer aprender a sus alumnos un número demasiado considerable de verdades, la escuela prepara hombres inclinados a la mentira.

No es en los momentos mismos que tiene algo que decir cuando el niño aprende a hablar bien. Sus maestros no consideran solamente su lenguaje como un medio de expresión, sino, más bien, como una cosa interesante en sí de la cual es preciso hacer un estudio aparte, durante años, en momentos de la semana fijados por el horario de la escuela. Las formas verbales y las reglas monstruosas que creen deber hacerles conocer, se las enseñan separadamente, por decirlo así, y en fila. Las aplicará quizás un día.

Por tanto, enseñarnos a hablar bien no es corregirnos las palabras que empleamos cuando queremos decir el fenómeno que nos ha afectado, o bien aliviarnos de una cuestión obsesante; es enseñarnos expresiones completamente hechas que la escuela garantiza conformes al uso. Ahora bien, como se nos enseña desde muy temprano la lengua de nuestros mayores, tenemos una fuerte tendencia a adoptar, antes de todo examen, las mismas categorías que ellos y a expresar las mismas opiniones. Tal palabra, que nos aconseja, equivale a un juicio que se nos sugiere y, eso, sin que nada nos ponga en guardia contra esa propaganda discreta.

Al transmitir tales locuciones, se arraigan en nosotros y todo simple de los cuales algunos se hacen cosas y los extraños si se hubiese las cosas y las gentes de nuestra alzar bastante cu-

Se podría desear un pasaje. Sé muy riosamente esta estación, inevitablemente bien o más o menos como la que te, habla poco; con muy poca diferencia la prescribe. Pero pretendo que si no cía si se de uno a dar una forma definitiva apresamiento del escolar, si, definitiva primeros días, no se le presentase, de los un vocabulario acabado, si no se en b, un vocabulario clásico y si no cificaciones muy contestables; si no le propusiesen fatídicos asuntos de composiciones que hastiaron ya a nuestros abuelos, pretendo que entonces el lenguaje del niño traduciría con más fidelidad lo que ha sentido realmente. Hay maestros de composición que, después de haber propuesto como asunto a sus lectores "una puesta de sol", agregan: "No hagáis frases: decid simplemente lo que habéis visto". Pero el niño no tiene en cuenta el consejo; desconfía. Lo que él ha visto se resumiría en tres líneas; ahora bien, se dice que tal concisión le valdría una malísima nota. Quizás se vería en ella una intención irrevocable. Por tanto, prudentemente, el buen alumno se recuerda de frases leídas aquí o allá y, con esfuerzo, describe su puesta de sol en tres o cuatro páginas.

A fin de que retengan la regla concerniente a la conjunción *ni*, se hace decir a los pequeños de diez años: "Ni el oro ni la grandeza nos hacen felices". En seguida esos pequeños simuladores agregan: "El tiempo o la muerte son nuestros remedios". Se podría habituar al escolar a la claridad y a la concisión en los momentos mismos en que expresa sus preocupaciones verdaderas o cuando cuenta la aventura que le ha conmovido. Aquí quiero notar solamente el hecho que entonces se dejaría con más facilidad también impregnar por la atmósfera de su tiempo. Ignorar las locuciones tradicionales que las escuelas de hoy enseñan de antemano, su espíritu estaría más libre. Teniendo el derecho a no hablar de las cosas que no conoce, el derecho a callar cuando no tiene nada que decir, sería más sincero.

Querer que el pueblo, a quien se tiene la misión de instruir, sea un pueblo de letrados, eso es, ciertamente, una noble preocupación. Pero no veo, sin embargo, por qué los ciudadanos de todos los países civilizados serían considerados, a una edad en que los ejercicios los solicitan, como capaces de redactar, conforme a los modelos de la escuela, una "carta al padre ausente", o más aún, una ensalada de tres páginas "sobre la vuelta de las golondrinas", sobre "el amor a la patria" o sobre lo "que se ve en los ojos de su madre". La perspectiva de una sociedad en que se hicieran menos frases que hoy y en que se publicaran menos novelas "correctamente escritas" no debe causarles miedo. Si tantos abogados y tantos políticos pueden decir cosas que no piensan durante una hora, lo deben sin duda, en parte, a la educación que han recibido. En cuanto a los verdaderos poetas y a los verdaderos sabios, no es la escuela la que los produce.

Lo que precede hace comprender ya que la educación moderna no podría dar vigor a las inteligencias: pero hay que insistir sobre este punto.

En la escuela, todo es de antemano traspuesto al dominio de la frase. Es con una decoración invariable y bajo una forma siempre la misma como el escolar adquiere las nociones más diversas. Y por ese hecho, la atracción universal, tal anécdota sobre el buen San Luis, el descubrimiento de América, el plural de los nombres terminados en *al*, la fraternidad humana y la preparación del soldado, todo tiene para él, más o menos, la misma importancia. Cuando aprende sus lecciones, ve todo eso en el mismo plano, en el mismo plano de la página, si se puede decir así. Porque a despecho de los talentos, a veces reales de sus maestros, el niño inclinado sobre su cuaderno o su libro, es incapaz de poner las cosas en el verdadero puesto que ocupan en la historia de la humanidad. El universo que se le aparece entonces no tiene relieve y es monótono como un discurso demasiado largo; es un mundo banal y vacío el que la escuela fabricó con esas palabras.

A la edad de diez y siete o diez y ocho

brero de 19

aguas, respetos, cocucio, Brian sido, cada simple, las cosas y las

car bastante cupasaje. Sé muy, inevitablemen, como la que y poca diferen, entiendo que si no una forma defi, escolar, si, dese se le presentase, acabado, si no se ones clásicas y testables; si no ticos asuntos de aron ya a nues, que entonces el cía con más fi, realmente. Hay que, después de sunto a sus lec, agregan: "No implemente lo que año no tiene en onfia. Lo que el tres líneas; ah, concisión le val. Quizás se vería irreverente. Por buen alumno se as aquí o allá y puesta de sol en

a la regla conce, se hace decir diez años: "Ni el hacen felices". En simuladores agre, eerte son nuestros abituado al escolar ación en los mo, expresa sus pre o cuando cuenta conmovido. Aquí el hecho que en, más facilidad tam, atmósfera de su ocaciones tradicio, de hoy enseñan de estaría más libre.

no hablar de su derecho a callar, a que decir, sería

a quien se tiene sea un pueblo de mente, una noble veo, sin embargo, de todos los pal, considerados, a una cios los solicitan, r, conforme a los una "carta al pa, ún, una ensalada la vuelta de las amor a la patria", en los ojos de su de una sociedad os frases que hoy a menos novelas ' no debe causar bogados y tantos osas que no pien, deben sin duda, que han recibido, ieros poetas y a o es la escuela la

comprender ya na no podría dar s; pero hay que o.

es de antemano de la frase. Es riable y bajo una , como el escolar a diversas. Y por a universal, tal San Luis, el des el plural le los al, la fraternidad a del sodio, todo os, la misma in, de sus lecciones, no plano, en el ina, si se puede pecho de los ta, sus maestros, el cuaderno o su li, las cosas en el upan en la his, El universo que p tiene relieve y curso demasiado al y vacío el que as palabras.

te o diez y diez

años, un escolar ha sufrido ya mil lecciones aproximadamente y el número de las palabras que sus maestros han utilizado es fabuloso. Es que en la escuela se tiene prisa; hay tantas cosas que aprender; hay tantas cosas "de las cuales es preciso haber oído hablar"!

H. ROORDA VAN EYSINGA (Oftinuard)

Cultura Inglesa

El lector encontrará en este mismo número mi humilde tentativa para responder a la crítica del Dr. Tagore sobre la No-Cooperación. Yo lei después la carta dirigida al director de Shantiniketan. Lamento haberla escrito bajo el imperio de la cólera y en la ignorancia de los hechos acaecidos. El poeta se indignó naturalmente al conocer que ciertos estudiantes en Londres habían hecho manifestaciones hostiles, durante una conferencia de Mr. Pearson, uno de los ingleses más sinceros, impidiéndole hablar. Se indignó igualmente, sabiendo que yo les había pedido a nuestras mujeres de cesar sus estudios ingleses. Evidentemente, el poeta extrajo de sí mismo las razones que habían motivado ese consejo mío.

Muy bien hubiera hecho él de no atribuir la descortesía de los estudiantes a la No-Cooperación, recordando que los no-cooperadores tienen un culto por Mr. Andrews, veneran a Stokes, y en Napur escucharon con profundo respeto a M. M. Wedgwood, Ben Spoor y Holford Knight; que Maulana Mahomet Ali aceptó tomar té con un alto funcionario inglés, cuando éste le trató como amigo, y que Hakim Ajmal Khan, no-cooperador convencido, habiendo colocado los retratos de Lord y Lady Hardinge, invitó a la ceremonia de inauguración numerosos ingleses.

¿Cuánto mejor hubiese sido que él no se dejase dominar por el demonio de la duda unos instantes, ocultándose el verdadero carácter religioso del movimiento actual, y negarse a creer que ese movimiento transforma las viejas expresiones del nacionalismo y patriotismo, ensanchándolas!

Si hubiese querido darse cuenta con su imaginación de poeta que yo era incapaz de refecar el espíritu de las mujeres indias, y por consecuencia oponerme a la cultura inglesa; si hubiese recordado que toda mi vida fui el campeón de la entera libertad de la mujer, se hubiera ahorrado de inferirme semejante injusticia. Injusticia que yo no se la haría a un enemigo declarado. El poeta puede ser que ignore que actualmente se aprende inglés por su valor comercial y su pseudo valor político. Nuestros jóvenes creen, — y las circunstancias del momento les dan la razón, — que las funciones del gobierno les están vedadas por no saber ellos el inglés. Se le enseña a las jóvenes como un salvoconducto para el matrimonio. Conozco muchas mujeres que quisieran aprender el inglés a fin de poder hablar con los ingleses en su propio idioma. Conozco maridos que están descontentos porque sus mujeres no pueden conversar con ellos en inglés o con sus amigos. Conozco familias en las que el inglés es impuesto como idioma materno. Centenares de jóvenes se imaginan que sin el conocimiento del inglés la libertad de India es casi imposible de obtenerse. La lacra ha roído de tal manera la sociedad que en innumerables circunstancias saber el inglés se ha convertido en sinónimo de educación. Para mí, todo esto me demuestra nuestra esclavitud y nuestro envilecimiento. Me es insostenible pensar que nuestras lenguas indígenas han sido aplastadas y sofocadas, hasta anularlas. No puedo soportar la idea que padres y madres les escriban a sus hijos y ellos les contesten en un idioma que no es el materno.

Creo amar el aire libre tanto como lo ama el poeta, y yo no deseo que mi casa sea rodeada de paredes y de ventanas cerradas. Yo quiero que el viento de las culturas de todos los países sople libremente, pero me rehusó a que ninguna de ellas me haga perder mi equilibrio. Rehusó vivamente vivir en casa ajena como intruso, mendigo o esclavo. Yo no quiero imponer a mis hermanas la fatiga inútil de aprender el inglés por un falso orgullo o una ventaja social cualquiera. Deseo que las jóvenes con aptitudes para la literatura aprendan el inglés y todos los idiomas que a ellas les plazcan, y que en seguida hagan aprovechar de sus con-

cimientos a India y al mundo entero, así como hicieron Bose, Roy y el mismo poeta. Pero me opongo absolutamente a que un solo individuo olvide, descuide o se ruborice de su idioma materno, y se imagine que no podrá expresar sus mejores pensamientos solamente en ese idioma. Mi religión no es prisión ni cárcel; en su seno admite las criaturas más infimas de Dios; sólo se cierra a la insolencia, al orgullo de raza, de religión o de color. Me apena profundamente que el poeta se confunda sobre el sentido de este gran movimiento de reformación, de purificación y de patriotismo, reunido bajo el nombre de la humanidad. Si él quisiera conservar un poco su paciencia vería que no había ningún motivo de disgusto o de vergüenza para sus compatriotas. Le advierto respetuosamente no confundir este movimiento con sus excrecencias. Es falso juzgar la No-Cooperación bajo la conducta grosera de los estudiantes de Londres o de Malegaon, en India, así como juzgar a los ingleses según los Dyer y los O'Dwyer.

M. GANDHI

10. de Junio de 1923.

BIBLIOGRAFIA

"El poema del dolor" — Francisco Iriarte.—

Nos encontramos con un género híbrido, anfibio, que tanto puede bogar como un cisne negro en un lago rosa, o arrastrarse sobre su vientre como cualquier cetáceo. Es a las leyes formales de la retórica una zebra literaria. El libro que tenemos entre manos no es una novela, no es poema; se halla escrito con estilo ágil de periodista avezado, casi siempre eficaz, pero tampoco es literatura; se aplada por las clases humildes, fugitiva a las clases adineradas, pero tampoco pretende hacer teorías sociales por no incurrir en un lirismo platónico que no deja de parecernos simpático, y concibe una leyenda mitológica haciendo estallar el corazón del héroe "en mi pedruzco, los que fueron incrustados en el gran corazón de la multitud en marcha".

La composición y la trama espiritual de este libro recuerda vagamente a Sicaardi, poeta y novelista injustamente olvidado. Naturalmente, ni en hondura de sentimientos ni en intensidad lírica puede alcanzar Iriarte a este gran temperamento desbordante de energías salvajes.

Sin embargo, el haz de observaciones del mundo social, la silueta de ciertos personajes característicos del mundo burgués, demuestra sagacidad no común y una mano firme y penetrante, capaz de llegar hasta el serrín de que se halla repleta la cabeza de esos figurones del ambiente burgués.

No narraremos la trama ni el nexo anecdótico que da motivo a este trabajo, porque formalmente no existe ninguno, desarrollándose las escenas y los cuadros al arbitrio del escritor. Esto no quita, después de todo, que suscite el interés en el lector, casi más que las novelas semanales que poseen su nudo dramático sentimental que siempre se desata a gusto y paladar de los lectores.

Todo lo que salga de la senda matusalénica y marche caprichosamente animado por un soplo de libertad y un átomo de independencia, cuando no cae en lo extravagante, debe estimularse porque es el despunte de una personalidad en ciernes.

Y si existe un anhelo de crítica y de depuración y la fusta castiga a las clases que no tienen deberes, sino derechos sobre la existencia, embruteciéndose en la crápula, entonces cualquier método literario es adecuado al proponerse cumplir una finalidad de intención moralizadora.

Hay figuras, en esta galería de zoológico social, que por sus caracteres inconfundibles se advina ser verdaderas.

Describiendo esos saraos, que según Barbey d'Aurevilly son la fiesta grosera de la plebe de los salones, presenta el autor una zurcidora de voluntades, una celestina de la aristocracia. HeLa aquí:

"Mirando a todos provocativamente a través de su impertinente de caray con incrustaciones de nacar, se encontraba la respetable matrona doña J. N., viuda de L., a la que no se le puede admirar el primor de las manos, porque éstas desaparecen entre los brillantes y zafiros de los anillos y pulseras. La distinguida matrona estaba muy vinculada a los hom-

bres de mayor figuración del país, los que concurrían casi diariamente a su casa. También era muy querida por las señoras que la visitan. Desde que quedó viuda, se realizaban en su casa de la calle Arenales, fiestas íntimas pero agradables, en las que abundaba el buen humor, el vino y los alcaloides. Y había momentos durante la fiesta, que los quince dormitorios con que contaba la casa se hallaban ocupados. Pero, eso sí, a su casa sólo concurría lo más granado de ambos sexos. Las valiosas y numerosas alhajas que usa, son regalo de los señores y damas que la visitan con demasiada frecuencia.

Entre los invitados, también hallamos al banquero F., a quien nadie se atreve a calcular lo que gana por día, porque todos los cálculos serían ridículos, por lo pequeños, ante la realidad. Algunos aseguran que su ganancia líquida llega a quince mil pesos diarios. Otros manifiestan que sobrepasa en mucho a esa cifra. En fin, una verdadera danza fantástica de números y de pesos, si intentáramos calcular sus ganancias anuales. El banquero F. sabe la curiosidad de todos por

conocer sus utilidades y se sonríe de ella como sonríe a todo, con esa sonrisa burlesca y desconcertante de los hombres que se encuentran satisfechos. El banquero F. sólo se entristece un poco cuando sale el 43 a la cabeza porque es siempre uno de los números más jugados. Y decimos esto, porque se nos olvidó decir al principio que el señor F., además de bancar el monte con pueta y la gutarrítica en los treinta o cuarenta "clubs artísticos y culturales" que con personería jurídica existen en la Capital, tiene diseminados en ella alrededor de mil correales de quinuelas, muchos de los cuales "levantan jugadas" en las puertas de las escuelas primarias y hasta en el mismo Departamento de Policía."

"La gran deformidad social y las verdaderas miserias morales se encontraban allí, entre esa mezcla de canallas y vampiros, de adúlteras y meretrices, de servilismo y simulación, engarzadas en las pedrerías rutilantes y hábilmente ocultas entre el lujo y el boato de las sedas brillantes y de las joyas preciosas."

NUESTRO PROGRAMA

(Conclusión)

Mil soluciones.

Fue Malatesta el que lo dijo: no hay una solución, sino mil soluciones a los problemas sociales; esa es nuestra opinión y el ensayo es fácil de hacer; elegid mil camaradas y proponedles que den una solución cada uno al problema de la vivienda o de la organización del servicio ferroviario después de la revolución; cada cual expondrá su idea, fundada ya en la filosofía, ya en la economía, ya en la moral, ya en otra disciplina cualquiera. En el fondo todas las soluciones os parecerán viables. ¿Cuál es la verdadera? La que decidan las circunstancias que hayan de ponerla en práctica y que puede no estar incluida en esas mil soluciones. No es por incapacidad de dar una solución a los problemas del futuro por lo que nos resistimos a tratarlos, sino porque daríamos una solución más que solo tendría valor para nosotros mismos y eso en tanto que no procediéramos prácticamente, porque entonces nos olvidáramos de todos los catecismos y no conserváramos por norte más que algunos principios generales sobre los que todos los anarquistas estamos de acuerdo.

La revolución anarquista.

Hay quien teme que si no trazamos un programa de organización futura, si no esbozamos aunque sea someramente las soluciones a los problemas del mañana, corremos el peligro de quedar al margen de la vida revolucionaria. Es nuestra opinión que quedaremos realmente al margen de la vida revolucionaria si nos ajustamos a un programa y no dejamos la suficiente agilidad de espíritu para aprovechar las situaciones inciertas que se presentarán y que exigirán actitudes en que jamás habremos, tal vez, reflexionado antes.

Hemos dicho más de una vez que la revolución será anarquista o no será. Con eso quisimos expresar nuestra convicción de que si una revolución no se desenvuelve por la vía de la libertad, no culminará más que en el establecimiento de una nueva dominación, pero nunca en un sistema social de bienestar y de justicia. La revolución que no abdica su provenir en manos de la demagogia o del principio de autoridad, es una revolución anárquica; la revolución que no es anárquica no merece el nombre de revolución. Pues no pasa de ser un golpe de Estado. Sostenemos que nuestra misión principal en una revolución no es la de directores, sino la de provocadores de la acción espontánea del pueblo; con eso hemos dicho ya que no somos partidarios ciegos de la espontaneidad popular y que no nos creemos poseedores de la verdad absoluta. No se trata de esperar sentados que una revolución colme nuestros anhelos; es necesario trabajar y predicar con la palabra y el ejemplo nuestras ideas de libertad, ideas que no puede imponerse por la fuerza, sino sólo por la persuasión.

Para que la revolución anarquista triunfe no se necesita recurrir a Kropotkin ni a Bakunin; sólo hace falta que el ejemplo de los anarquistas y su prédica despierte la personalidad libre y la acción personal de los hombres para organizar la vida al margen de toda autoridad política central o local. Para organizar la vida en esa forma no se necesita haber pasado por la Universidad o haberse roto la cabeza sobre las estadísticas de la producción y del consumo, sino solamente provocar el sentimiento de que la salvación no está fuera de los pueblos, sino en los pueblos mismos y de que toda abdicación de la personalidad en manos ajenas es una renuncia a una existencia de libertad y de bienestar. Por lo demás, la revolución anarquista no comienza hoy y termina después de un corto plazo; es un eterno proceso en el sentido de la libertad y del bienestar, de la justicia y de la fraternidad; ha comenzado desde que el hombre sintió un impulso de rebelión contra el medio ambiente adverso y progresó en claridad de fines y de medios hasta hoy; pero no cesará jamás de actuar en la vida. Debido a eso, más bien que a inciertos asuntos del mañana, preferimos dar soluciones a los problemas de la propaganda y de la acción del presente. Trabajando en el presente por la anarquía no podremos menos de encontrar mañana los resultados, los frutos de nuestra labor. Y la confianza en la virtualidad de nuestras ideas se expresa en el hecho de que no intentamos imponerlas; la anarquía es el orden natural, es el desenvolvimiento libre de la vida individual y social; la revolución anarquista es la que libra a los individuos y a los grupos sociales de los obstáculos que se oponen a su libre desenvolvimiento; y el obstáculo principal, el que es origen de todos los demás es el principio de autoridad. El espíritu de autoridad vive lo mismo en los dominados que en los dominadores; hay que combatirlo en sí y no únicamente en los que se aprovechan de él para forjar desigualdades, privilegios e injusticias.

La revolución anarquista redimirá a los hombres del pecado capital de la abdicación de la personalidad libre, pero la revolución anarquista no es la que se hace de acuerdo a tal o cual programa más o menos libertario, sino la que se hace por la vía de la destrucción de todo poder de Estado; nos interesa bien poco saber hoy si la revolución futura se basará en la familia, en el grupo social o en la comuna; lo que nos interesa es que la construcción del orden social libre sea un producto colectivo en que los hombres no hipotequen su libertad ni voluntaria ni coactivamente. La revolución anarquista es la revolución natural, la que no se deja escamotear ni confiscar por grupos, partidos o clases de autoridad.

Nosotros no tenemos mayores simpatías hacia esa concepción "constructivista" de la anarquía; nos parece un tanto demasiado intelectual, y se presta a falsas interpretaciones; más bien pensamos que los anarquistas, en lugar de cifrar

todas sus esperanzas en construir el orden futuro, deben pensar en los medios de resistencia y de destrucción contra todas las tentativas de reafirmación del principio de autoridad en la vida.

En qué sentido aceptamos un programa.

Rechazamos la legislación previa del orden social del futuro; rechazamos esas pretensiones de someter el desarrollo de acontecimientos que todavía no se han producido a los postulados de un programa trazado por adelantado, en circunstancias tan diversas. Y rechazamos más energicamente aún ese programa cuando es erigido como un decálogo para toda la sociedad.

Se dice que nada se construye sin un plan previo; pero al decir esto se tiene en cuenta al arquitecto que edifica una casa; ahora bien, los hombres no son piedras manipulables a capricho y que ocupen el puesto que se les destine; al menos no serán piedras unánimes cuando despierten a la noción de sus derechos. La vida social ha resultado hasta aquí tan poco armónica porque fué construída con planes de arquitecto; pero la sociedad que nosotros queremos no puede ser construída bajo una dirección suprema; debe ser un fruto colectivo, de la experimentación y de la adhesión espontánea. No lo olvidemos, los hombres no son piedras y no deben ser considerados por nosotros como son consideradas las piedras por el arquitecto. El programa que nosotros aceptamos es el que tiene por objeto la labor actual y la preparación y la aceleración del proceso revolucionario. Si solucionamos hoy los problemas de la acción y de la propaganda libertariamente, también solucionaremos los problemas del mañana en el mismo sentido. Sostecemos que los anarquistas deben organizarse y organizar las fuerzas afines, tomar parte en la vida cotidiana, fijar las líneas generales de su acción común y aceptar los compromisos y responsabilidades que esa acción y esa propaganda entrañan. Por eso nos esforzamos porque pensemos en el hoy; en el presente está contenido el porvenir; hemos leído hace poco en un periódico gremial de Montevideo un canto a la sindicalización obligatoria; la introducción de ese concepto en el movimiento obrero que debiera educar a los seres humanos en la idea de libertad, nos parece tan condenable como la reacción fascista o la reacción comunista; si trabajamos hoy en nuestro medio y en nosotros mismos por la anarquía, activaremos el proceso revolucionario, del cual solo es un episodio la expropiación de los detentadores de la riqueza social y la destrucción del poder de Estado.

En relación a la acción y a la propaganda actuales constatamos una gran pobreza de iniciativas, e incitamos a emplear la fecundidad del ingenio inventivo de los camaradas en ese terreno; en cambio hallamos una superabundancia de planes de acción futura. Creemos que esto no es beneficioso.

Lo que hizo Bakunin.

Se considera a Bakunin como el verdadero creador del movimiento anarquista; en realidad fué el que primero trató de llevar conscientemente los esfuerzos populares revolucionarios hacia la destrucción del Estado y hacia la creación de un orden social libre. Ahora bien, Bakunin no se ha dedicado nunca a inventar paraísos futuros. Nettiav encontró en sus escritos una frase que habla de una sociedad futura; eso es todo. Bakunin trabajó siempre en el presente, con los materiales del presente para la acción revolucionaria creadora de las masas. Bakunin no expuso en su enorme propaganda ningún plan de organización futura; toda su vida la dedicó a la propaganda y organización presentes. Sin embargo, ¿hay en el movimiento anarquista muchas personalidades que hayan hecho más que Bakunin en pro de un futuro de libertad? El gran revolucionario era un hombre fecundo en iniciativas de acción; nadie ha planeado más proyectos para la actividad actual que él. Comprendía que el futuro debe resultar de la labor presente, que el mañana está contenido en el hoy. Además hizo resaltar en todos sus escritos que no debemos ser los creadores del porvenir, sino los provocadores.

Las lecciones de la revolución rusa.

Los ansiosos de saber lo que haremos al día siguiente de la revolución, aseguran que el anarquismo "fracasó" en Rusia o al menos no triunfó por faltarle un programa sólido. Jamás nos ha convencido eso y hemos respondido, por ejemplo, que nadie había soñado con un movimiento insurreccional como el de la machnovitschita, ni Machno mismo, y sin embargo se produjo. El hecho le que los anarquistas no hayan conseguido tener más influencia en los acontecimientos se debe a otras causas. Precisamente los bolchevistas se distinguen de los demás partidos por haber carecido de programa; sus afirmaciones de ayer están en contradicción con las de hoy; las de hoy serán derogadas por las de mañana. Hasta se han vanagloriado de no haber dispuesto de programa fijo. lo que les facilitó el aprovechamiento de todos los factores favorables a la consecución de su único fin claro y definido: la toma del poder. En ese sentido, tan concreto es el lema de los anarquistas de la destrucción del poder, como el de los comunistas de su conquista. Volin, que tomó parte en la revolución rusa, nos ha confirmado en nuestras previsiones: los anarquistas han pecado más en Rusia por exceso de planes de organización, que por falta de ellos. Cuando llegó el momento de actuar en la vida práctica, muchos de los mejores cerebros del anarquismo ruso se dedicaron a discutir sobre la organización de la comuna libre, a fraguar planes para la toma de las fábricas, etc. Aquellos momentos eran propicios para tomar las fábricas, para incitar a los trabajadores a avanzar más y más por la vía de la libertad; los hechos libertarios hubieran hecho mucha más propaganda y hubieran sido mucho más ventajosos que los planes libertarios. Aun en Ucrania, donde nuestro movimiento estaba más en contacto con la vida, los periódicos Nabat acusan más bien exceso de doctrinarismo que falta de doctrinarismo; hubo muchas más iniciativas en el papel impreso que en la vida real. No; una de las causas más importantes de la escasa influencia del anarquismo en la revolución rusa, como Volin sostiene en el último número publicado de su revista (6-7), es la falta de una tradición popular anarquista, la falta de organizaciones, la falta de un pasado anarquista de propaganda y de acción. El artículo de Volin a que nos referimos fué una de las confesiones de los anarquistas rusos que nos han impresionado más.

Nosotros sostenemos que hay que trabajar para la sociedad futura en el material que nos ofrece la sociedad actual; el anarquismo ha sido muy poco propagado en Rusia antes de la revolución de octubre; no ha existido jamás en Rusia un movimiento obrero inspirado por el anarquismo; a causa de la reacción zarista o de lo que sea, los mejores militantes libertarios actuaron en el extranjero y han sido muy extraños en los medios proletarios rusos. Y la falta de un movimiento obrero revolucionario organizado en Rusia hizo que el anarquismo se perdiera en divagaciones metafísicas y se escondiera en tantas escuelas como hubo de militantes de alguna capacidad para buscar una palabra nueva.

De la revolución rusa, como de todos los grandes acontecimientos, pueden sacarse útiles enseñanzas; pero muchos camaradas parece que no dedujeron de ella más que la enseñanza dada por los bolchevistas de cómo se conquista el poder y cómo se subyuga la voluntad de las masas a la arbitrariedad de los jefes de la dictadura proletaria. En cambio nosotros hemos confirmado en la acción de los bolchevistas nuestras ideas, pero por contraste; los bolchevistas han carecido de programa, son los únicos que al estallar la revolución no estaban preparados por los estudios previos; pero aspiraban al poder y dedicaron todos sus esfuerzos a ese fin, aprovechando ágilmente las circunstancias, poniendo a su servicio los factores circunstanciales que se les presentaron y dando el ejemplo de una maravillosa movilidad de espíritu para los detalles. Nosotros debemos aspirar al objetivo final, la destrucción del poder político y del monopolio económico; a ese fin supremo debemos subordinar todo lo demás, aprovechando y utilizando las coyunturas de cada día, poniendo en acción todas las fuerzas susceptibles de contribuir al logro de nuestro propósito. Esa gimnasia revolucionaria podemos iniciarla ya desde hoy. Una de las causas del éxito de los bolchevistas se debe a su débil bagaje doctrinario. En los períodos de revuelta activa hace más una decisión rápida que el tratado

más hondo y más acabado de doctrina. Y para esa decisión rápida, no hay que pretender que sean favorables los catecismos previos. Hay temperamentos que no aciertan jamás a decidirse, que necesitan pesar el pro y el contra, que temen equivocarse, contradecirse, etc.; esos temperamentos no hacen la revolución, son gentes pasivas; los revolucionarios obran en los períodos de rebelión activa intuitivamente; toman decisiones de la mayor trascendencia sin haberse roto la cabeza en reflexionar sobre ellas; y con la misma rapidez que toman una decisión, la rectifican cuando la realidad demuestra que es errónea y peligrosa. Por consiguiente, el peligro no está en tomar una decisión precipitada, sino en no tomar ninguna por miedo a equivocarse. A la verdad se va por el ensayo y el error.

Fortifiquemos la tradición libertaria

En lugar de un programa escrito en el papel, nosotros propondríamos un programa grabado en la tradición de un movimiento revolucionario efectivo. Debemos esforzarnos por crear un ambiente libertario en el seno de las masas trabajadoras y fortificar en ese ambiente las ideas y sentimientos de la anarquía; cuando llegue la hora de transformar violentamente las instituciones, ese ambiente libertario será una fuerza activa en medio del desencadenamiento de la confusión ideológica; y como al producirse una commoción social las masas de todas las categorías buscan ansiosas una orientación, tropezarán con la labor realizada durante muchos años por los anarquistas y verán en sus inmediatas realizaciones un camino de emancipación. Existen gentes que quieren abarcar tanto con la prolongación de sus ideas anarquistas, que en realidad no aprietan nada; esas gentes son las que quieren hacer del movimiento revolucionario una vaga doctrina de filósofos; contra ellas nosotros sostenemos que la dirección principal de nuestros esfuerzos debe ser encaminada a la creación de un movimiento social libertario, como se ha hecho en la Argentina; de la existencia de ese ambiente, que será mayor o menor, arraigado en una tradición de luchas y en una historia popular, y mantenido y fortificado por organizaciones revolucionarias de los trabajadores, depende el que podamos constituir una fuerza activa en la revolución.

Como es muy posible que tengamos que volver sobre el mismo tema, interrumpimos estos apuntes, que nada tienen de definitivo ni pretenden haber dado una solución. Todas las críticas son bien venidas; todas contienen una parte de verdad. Por nuestra parte creemos que los genios no abundan y que cada cual puede contribuir con su óbolo a la solución de un problema, a la superación de una dificultad. La cuestión de los problemas del futuro tiene hoy mucha actualidad y hay que abordarla, y más si se tiene la convicción, como tenemos nosotros, que la idea de regular hoy la organización económica de veinte o cincuenta años más tarde, entraña más de un peligro para la significación de nuestras ideas.

D. Abad de Santillan

LA CHARCA

Había en la aldea, a orillas del camino que conduce a la montaña, una charca; era una cosa que pertenecía a las tradiciones del pueblo; los hombres más viejos hablaban de ella con ese sentimiento de melancólica dulzura con que se hacen recuerdos de una juventud lejana. ¿Como se había formado aquella charca? Nadie lo sabía, en verdad. Cubría una ancha extensión del campo, poseía un color verdusco y sus aguas eran de una mansedumbre somnolienta. Apenas si vientos ligeros como suspiros rizaban la superficie de las aguas dormidas. Bellezas no le faltaban a esta charca, tranquila, casi perezosa, sin si no es pintoresca. Pero los viejos decían que para ciertas épocas del año, salta del seno de ella una bestia misteriosa que devoraba a los hombres débiles, a las mujeres tristes y a los niños enfermos. Pasaban los campesinos trabajadores cerca de la charca indiferentes: tan familiarizados estaban ya con

ella que no le guardaban ni rencor ni afecto alguno.

Sólo un viejo había el pueblo que dice en tomarse cierto amor a la charca. Cuando pasaba por sus orillas, yendo a sus labranzas, deteníase a contemplarla o al menos le dedicaba una frase amable, le no de un noble espíritu comb de justicia, como de gratitud o como de sabiduría, tres cosas que los viejos entienden bastante bien. Un día, aquel viejo quiso rendirle un homenaje a aquel que pare él iba siendo como una fuente de aguas sagradas y creyó que la mejor manera de hacerlo fuera arrojando a ella un puñado de tierra del camino. La charca devoró la tierra con hambrienta inquietud y luego siguió dormida o estática.

Por qué creyó el hombre, en sus adentros sencillos, que arrojando un voco de tierra en la charca, él le mostraba el amor compasivo que por ella sentía nacer ahora en su ánimo? Luego, cada vez que pasaba a su lado, se inclinaba sobre el camino, recogía un puñado de tierra y lo lanzaba con alegría infantil hacia la charca.

Las gentes del pueblo le vieron alguna vez en ese afán, y como lo que hacen los viejos tiene a los del pueblo un sentido misterioso, los jóvenes, los niños y las mujeres de la aldea dieron en hacer lo mismo, y el asunto vino a convertirse en una costumbre del lugar. Y como una gota de agua persistente al cabo rompe una montaña, un puñado de tierra persistente forma un monte. Durante años la charca, otro tiempo pensativa y perezosa, se mantuvo casi en perpetua inquietud. Caían puñados de tierra sobre su sueño como las hojas de los árboles de sus orillas.

Una mañana, en aquella charca verdosa, pacífica, artera, infecunda, apareció una flor extraña. Era una mañana de primavera y aquella flor era como un presente de primavera. Maravillosa la flor, inmensa, blanca, pura y perfecta. Nunca flor semejante se vió en los rincos floridos de la aldea: había venido de los cielos aquella flor, la había traído el viento en su cabellera loca, la había dejado caer una estrella, la mantenía en su seno oculta la charca?

Y el pueblo, conmovido por aquel misterio de belleza indescifrable y legendario, siguió arrojando puñados de tierra en la charca de la aldea.

(*)

Opinión sobre el movimiento obrero de Estados Unidos (1)

No habiendo tenido nunca oportunidad de visitar los Estados Unidos, no podría expresar un juicio sobre las organizaciones obreras de ese país. Pero la impresión que he podido experimentar es que el movimiento obrero se halla en el mismo grado de evolución en que estuvieron las "trade-unions" inglesas antes de su concentración y a principios de esta centuria. Comprendo muy bien el esfuerzo y las enormes dificultades que entraña organizar la masa de obreros de ese país de diferentes procedencias y poseyendo opuestos grados en su evolución mental. En mi opinión, esta empresa debe ser acometida valientemente, si no se quiere que el proceso ascendente de la humanidad se entorpezca y estanque por muchos años. Me parece que el verdadero peligro estriba en la actual diferenciación que se continuó extendiendo entre los trabajadores re Europa y del Nuevo Mundo durante el espacio de cuatro décadas.

Aquí, en el continente, hombres y mujeres de las clases obreras, sería para ellos un contrasentido que no estuviesen imbuidos de preocupaciones sociales y no fueran partidarios de los diversos matices de la idea socialista y anarquista. Mientras en Norteamérica, la esperanza de obtener una posición material independiente entre los competidores de la moderna sociedad, hipnotiza a la inmensa mayoría de los trabajadores y los convierte en esclavos del régimen existente de cosas. Si este error nefasto de conducta no se subsana radicalmente, la evolución general de las teorías avanzadas deberá aplazarse definitivamente por una o varias generaciones en ese país.

H. B. Stoccolmo, 25 de noviembre 1921.

(1) Desglosada de una encuesta realizada por la revista neoyorquina "The World Tomorrow".